

# PLAN DE RESCATE

Cristina Fallarás



30ª FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO



Sobre el cuerpo atado y amordazado de un hombre en el suelo se sientan tres tipos. En idéntica posición. El alto viste un pantalón rojo modelo años ochenta, un polo blanco con la solapa levantada y zapatos náuticos en tres colores: rojo, blanco y azul. Debe sobrepasar el metro noventa de altura, es rubio y todo en su aspecto y sus movimientos lo situaría sobre la proa de un yate. Se llama Kike y está colocado sobre los muslos del tipo que yace, mirando hacia la puerta. Junto a él, sobre los riñones y también mirando hacia la puerta, su amigo Pepe es una cabeza más bajo y, si Kike se encontrara en aquella improbable proa, Pepe sería el marinero experto. Moreno por años de sol constante, remata su aspecto de vividor playero con unas bermudas de flores en tonos naranja, lima y amarillo, camisa blanca y chancletas negras hawaianas de goma. El tercer compinche, David, es un palmo más bajo que Pepe, viste camiseta blanca de cuello redondo y pantalones caqui modelo explorador, y su postura es la misma que la de los otros dos, sentado un poco más arriba del cuerpo, sobre los omoplatos, y mirando hacia la puerta, de manera que los tres forman una escalera sobre el cuerpo de un hombre largo y trajeado en marino, tumbado bocabajo, atado con sogas y amordazado en el suelo de un habitáculo cuadrado completamente blanco y desnudo de seis por seis metros. En el interior, además de los cuatro hombres, sólo hay una de esas barras con ruedas que utilizan los modistos de la que cuelgan varias perchas vacías y tres trajes grises con sus correspondientes corbatas y camisas blancas. Por el tamaño de los trajes, es evidente que pertenecen a los tres tipos sentados.

—Así está mejor, señor ministro, si usted no se revuelve y deja de ponerse pesado, nosotros podremos contarle lo que queremos contarle.

El grandullón llamado Kike se pasa la mano por la frente desplazando el sudor hacia el cabello trigueño, a modo de gomina.

—Sí, lo que queremos contarle –apostilla David, el menor.

—No queremos hacerle daño, ni secuestrarle ni nada de nada. Sólo queremos que nos escuche.

—Sí, que nos escuche.

—Usted ha venido aquí a inaugurar el Liber, pero usted no sabe nada de lo que está sucediendo, de las terribles cosas que están sucediendo ni las horribles amenazas que se ciernen sobre los libros.

—Terribles.

—Por el amor de Dios, David, deja de repetirme o voy a volverme loco.

—Perdón.

—Mire señor ministro, nosotros somos vendedores, llevamos más de veinte años trabajando en el mundo editorial y las hemos visto de todos los colores, un año dragones, al siguiente meditación zen, después catedrales, luego chicas modernas históricas... Nosotros somos más de clásicos, ya sabe, pero allá cada uno con sus gustos. Yo, sin ir más lejos, soy muy de los latinoamericanos, como Pepe, imagino que por edad. Empezamos leyendo juntos cuando críos, y aunque él se pirra por Rulfo y yo por García Márquez, no hemos llegado a las manos.

—Es que hay que joderse, yo creo que lo han hecho a propósito.

—David...

—De verdad, Kike, de verdad. A ti te ponen a mover Cien años de soledad, a Pepe, Pedro Páramo y a mí, El extranjero, de Camus. Joder, ¡El extranjero! Yo adoro a Camus.

—A todo el mundo le gustan Cien años de soledad, Pedro Páramo y El extranjero, David. Había muchas posibilidades de que nos tocaran.

El ministro de Industria se impacienta e intenta revolverse de nuevo.

—Quieto, león, que ya voy al detalle —estira Kike las piernas y cruje el ministro—. Y el detalle es: ¿Sabe usted lo que me ha tocado a mí vender este año? —Se oye el intento de

contestación del yacente tras la mordaza—. Ya va, ya va... Pues me ha tocado convencer a los visitantes de que la mejor manera de leer Cien años de soledad es dentro de un teléfono móvil que, gracias a una aplicación correspondiente, recita el árbol genealógico de los Buendía cada vez que sale uno. ¿Lo entiende? No solo se lee en una pantalla de mierda, sino que además la voz de una amable señorita te informa cada vez que aparece un personaje de su situación dentro de la familia. ¿Lo entiende? ¿Lo entiende!?

El ministro asiente enérgicamente con la cabeza.

—Pero eso no es todo, señor ministro, eso no es casi nada. Cuéntale, Pepe, cuéntale lo tuyo, coño, que parezco un obsesivo —vuelve a encoger las piernas y cruje otra vez el otro—. A ver si solo se va a quedar con mi voz este tío.

—Bueno, ministro, yo creo que lo mío es peor, colega, pero es que a cada uno le pica más su pulga, claro.

El hombre de mediano tamaño, el llamado Pepe, se calla con los ojos fijos en sus chanclas de goma negra, mueve los dedos de los pies como si se le estuvieran entumeciendo y continúa.

—No me voy a extender, colega —le da un pequeño golpe al ministro en el costado como para dejar claro que se dirige él—, porque si a ti no te gusta Pedro Páramo, pues como si llueve, ¿no? Yo qué sé... El caso es que acaban de sacar la versión de Pedro Páramo Deconstruido. Así lo llaman, colega, deconstruido, como la tortilla del Adrià de los cojones. Que tienes todas las partes de la novela, ¿no?, pero sueltas, tú puedes montarla a tu gusto, desordenarla, elegir entre varios finales... Yo qué sé, colega, yo qué sé, esto es el fin, ¿no?, el puto fin.

—Venga, venga, amigo, no te emociones —el enorme Kike da unas palmaditas en la espalda de su amigo, que cabecea con los ojos llenos de lágrimas—, que aquí el señor ministro podrá intervenir. David, ahora lo tuyo.

—Sí, sí, lo mío. Lo mío no tiene nombre. Toda la vida soñando con que de repente, en lugar de los vampiros o las tetudas, se pusiera de moda un año la buena literatura, ya me imaginaba yo glosando las maravillas de La Peste o de La montaña mágica, fíjese si pido poco. Y por fin este año me dicen que me toca mover El extranjero. Coño, casi me caigo de culo. Total, que me citan a una especie de seminario informativo y yo les digo que qué van a explicarme ellos de El extranjero que yo no sepa, y van los muy hijos de la madre demonia y me pasan un archivo para que lo abra. Y en el archivo, que ellos dicen que se llama El extranjero Enriquecido, tú lees la novela sobre un puñetero mapa de Orán, donde además varias marcas de refrescos te recuerdan que si el sol y la arena te agobian, te echas un trago bien fresco. Y eso no es lo peor. Lo peor es que te van dando pistas del libro, para que tú adivines qué es lo siguiente que va a suceder. Si tiene hasta un bonus con opción a la compra de un nicho en el cementerio de Orán al 50%, ¡coño!

...

A las cuatro de la mañana los tres hombres siguen contándole sus cuitas al ministro, que ya está sentado en una esquina del habitáculo con los ojos inyectados en sangre, aún atado y amordazado pero ya sin muestras de intentar ningún movimiento, resignado a que aquel trío de locos sigan llorando y mesándose la pelambreira hasta que amanezca y los profesionales regresen al recinto ferial para echar a andar la segunda jornada del Liber 2012, cuando se abre la puerta de golpe y en el umbral aparece un par de tipos barrigudos y recién duchados.

...

—Pero vosotros estáis locos.

—No, amigo, nosotros estamos desesperados.

—¿Y qué vais a hacer ahora con el pavo este? ¿Pedirle perdón y prometer que no volveréis a convertirlo en un embutido mal afeitado?

—El ministro entenderá.

Desde su esquina el ministro asiente sin emoción, y el recién llegado que ha tomado la palabra se levanta. Es un hombre ya entrado en la sesentena, bajito pero corpulento, de esos bajitos que parecen cuadrados, y con un enorme mostacho cano que le cubre la boca. Con pasos lentos pero firmes se acerca hasta el ministro y le arranca la mordaza sin demasiadas contemplaciones.

—¿Qué quieren de mí, desgraciados?

—Mal, ministro de Hoyos, mal —el bigotudo le da un par de palmetadas con la mano abierta en la mejilla derecha—. Mal empezamos. Porque me parece que aquí el único desgraciado es usted. ¡Salvador!

El tal Salvador, que ha permanecido durante toda la conversación con la espalda pegada a la puerta, da un par de pasos y se sitúa en el centro del habitáculo. Con ese gesto consigue que el lugar merme y cunda en el resto una sensación de ahogo o muchedumbre. Ocupa el espacio de dos hombres, no solo por su enorme tamaño sino porque algo en su gesto lo coloca en la zona de Babia, sector punto de fuga. O sea, que uno lo ve y sabe que podría hacer daño.

—Señor ministro de Hoyos, le presento a mi socio, Salvador. Él era periodista deportivo, y ahora es descargador de camiones de catering. Eso lo tiene de perpetua mala leche. Mírelo bien, porque no me parece el tipo de hombre que yo querría de mala leche a mi lado. Mi nombre, por si quiere recordarlo, es Santiago Gambito. Yo era periodista cultural, veinticinco años de periodista cultural, y ahora me dedico al montaje de catering. Se imagina la leche que gasto, ¿no? A la tercera socia, Mariquilla, la tenemos esperándonos. Ella era cámara de informativos, y ahora es cocinera de catering. Así van las cosas, amigo —se acerca a su socio Salvador y le agarra el brazo—. He tenido una idea, amigo. Ocúpate de este embutido, hazme el favor, y nos encontramos esta tarde, a las ocho en punto, en el almacén de Montjuïc.

Si hubiera algún resquicio por el que se colara el exterior, se darían cuenta de que está amaneciendo, pero se encuentran dentro de una caja de pladur fabricada en un extremo del pabellón donde se celebra el Liber, para uso de los trabajadores, fuera de la zona de visitantes.

—A ver, señores —el hombre que ha tomado las riendas, el que dice llamarse Santiago Gambito, se dirige a los tres vendedores, que observan la escena como si empezara a no tener que ver con ellos—. ¿Dónde está el móvil del ministro de Hoyos?

El gran Kike se arregla el cuello del polo y señala a una esquina donde descansan los restos del aparato como si un camión hubiera pasado por encima.

—Lo pisé. Lo siento, no puedo remediarlo. Los móviles...

—¿Y si lo están buscando?

—Ya mandamos un mensaje. Dos. Uno a su jefa de gabinete y otro a su mujer.

—¿Cuánto tiempo tenemos, en tu opinión?

—¿Para qué?

—¿Cuánto?

—No más de un día.

—Bien amigos —Gambito no da muestras de preocupación—, ahora vosotros tres y nosotros dos ya somos socios. A mí lo que nos habéis contado de vuestros libros me importa poco. Pero tenemos algunos puntos en común. ¿Entendido?

Los tres vendedores asienten mientras la mole de Salvador vuelve a colocar la mordaza al ministro, que ante la envergadura de aquella bestia de mirada deficiente, opta por bajar los ojos y dejarle hacer.

—Vosotros tres, id a descansar un poco, que ya debéis llevar veinticuatro horas en funcionamiento. Como le he dicho a Salvador, nos encontraremos todos en el almacén que tenemos en la calle Lérica, pegado a la Fira de Montjuic. Se llama Cátering EL ERE.

El vendedor llamado David levanta la mano como un escolar aplicado.

—Dime.

—¿Le vamos a hacer daño?

—No. A no ser que lo pida.

...

El almacén del cátering es un enorme depósito de hormigón sin pasillos donde reina un desbarajuste de cajas de todos los tamaños. El que entra por primera vez cree ver el plano caótico de un casco antiguo en cartón. Sorteando los volúmenes, como en un



recorrido de Gulliver por viejas callejuelas, se llega al fondo. Allí han apilado entre Gambito y su socia Mariquilla varios centenares de libros formando con ellos un extraño decorado como para un programa cultural de bajo presupuesto.

A las ocho en punto oyen la bocina.

De las traseras del camión, Santiago saca al ministro de Hoyos. Se nota que ha dormido algo y que el hombretón le ha permitido ducharse y afeitarse. Lleva atadas las manos a la espalda y la misma mordaza de la noche anterior. Los tres vendedores entran con ellos.

—No está mal, ministro, no tiene usted mala pinta.

Mariquilla es una mujer grande y guapa de treinta y tantos. Sonríe al ministro y le agarra del brazo invitándole a recorrer con ella las calles de aquel Liliput. El tipo se deja hacer.

—Ahora –le mira zalamera—, yo me voy a encargar de que quede usted bien guapo, que la tele necesita algunas capas extra para que una cara sea una cara.

Los vendedores Kike, Pepe y David observan sin decir palabra cómo la mujer sienta al ministro en una banqueta, abre una maletilla de metal llena de afeites y procede.

—Querido ministro de Hoyos –Gambito mueve su bigote sin prisa, con Salvador pegado a su espalda—, va a permitir que seamos nosotros a partir de este momento sus jefes de gabinete. Le hemos preparado un texto que leerá ante la cámara. Lo hará con aplomo, ya sabe usted, con esa gravedad que usan los ministros para anunciar las medidas radicales y sin vuelta atrás.

Dicho esto, le tiende un folio escrito.

—Están ustedes mucho más locos de lo que pensaba si creen que voy a leer esto.

El ministro deja caer el papel al suelo.

—¿Quién es tu conejito, ministrito?

—¿Qué?

Los ojos del ministro parecen dos huevos fritos. Mira a derecha e izquierda y levanta la voz de esa manera en la que gritan los que hablan a los ciegos.

-¿¡Qué!?

—Querido ministro de Hoyos, vaya día lleva de presentaciones. Le presento a Dropman —con gesto teatral, de detrás de la pila de libros preparada como decorado, emerge un tipo minúsculo, casi un jockey, con sombrero panamá y vestido de arriba abajo de lino blanco, como un anuncio de la moda colonial para niños redichos—. Él era el programador de mi diario, y ahora es un hacker profesional. Sin duda, le va mejor que a nosotros, pero tampoco nos podemos quejar. Él es el que ha copiado todo su correo personal de internet.

—¿Quién es tu conejito, ministrito? —dice el extraño personaje, con una voz cascada y seca que choca con su general añejamiento.

—No se demore, ministro de Hoyos —Gambito vuelve a tenderle el folio, mientras Mariquilla enciende los dos focos y se sitúa detrás de la cámara—, tenemos a todas las redacciones esperando.

...

*Desde el ministerio de Industria, consideramos que nuestro deber, como nuestro nombre indica, es el de facilitar la producción en España, incentivar y apoyar el*

*desarrollo de empresas pequeñas y ayudarlas como si fueran grandes instituciones financieras.*

*El caso concreto que hoy nos ocupa, la Cultura, y más concretamente los libros, se sitúa en el centro mismo de nuestro interés, lo que nos ha llevado a arrancar un nuevo plan:*

*El PREC, Plan de Rescate Español de la Cultura.*

*Un plan que, por razones obvias, incluirá los medios de comunicación.*

*Me complace anunciarles que España va a lanzar el primer plan de rescate del sector financ... perdón, el primer plan de rescate del sector cultural y de la comunicación.*

*Para ello, el ministerio que dirijo acaba de aprobar un presupuesto de 10.000 millones de euros. Consideramos imprescindible rescatar un sector sin el que el desarrollo de la sociedad resulta inviable y la Democracia queda inservible.*

...

Juan de Hoyos, ministro de Industria, se despierta de frío y le cuesta cerca de un minuto recordar. Se encuentra acurrucado en la tumbona de un pequeño porche, frente a una planta de adelfas rosas. Le duele la cabeza y la humedad de la noche que le ha calado lo tiene tiritando. Lo último que recuerda es aquella cámara delante, y los focos.

Luchando contra las náuseas se levanta a cámara lenta, vomita en la base de las adelfas y sale a una coqueta urbanización. Por la suavísima claridad que empieza a teñir el cielo deduce que está amaneciendo. ¿Amaneciendo, qué? ¿El día siguiente a aquella locura?

¿Dos días después? La urbanización se encuentra encaramada en un pequeño cerro. Allá abajo puede ver el pueblo y, de fondo, un mar añil con cuatro barquitos de pescadores.

Alcanza las primeras casas justo cuando el dueño del bar llamado Bar Extremadura levanta la persiana. Entra.

—Disculpe la pregunta, ¿qué pueblo es este?

Sin dedicarle una mirada, el dueño del Bar Extremadura enciende la cafetera y agarra el mando de la tele, que preside negra y enorme como el vértigo el pequeño espacio de comedor desde una peana.

—Premià. Esto es Premià.

Levanta el mando y en la televisión una chica rubia y estrecha de hombros abre la boca, Bajo ella un reloj señala las 7.30 de la mañana:

*Todos los sectores implicados consideran el golpe de efecto del ministro de Hoyos un anuncio revolucionario. Desde Francia, el presidente Hollande ha asegurado en el país vecino también se tomarán medidas semejantes. La noticia, que abre todos los diarios nacionales e internacionales, ya está considerada como el impulso que el partido en el Gobierno necesitaba para revalidar de nuevo su mayoría, e incluso los rotativos y foros más conservadores aplauden la decisión de arrancar el Rescate Español de la Cultura y de la comunicación. En Estados Unidos, el presidente Obama ha aplaudido la decisión en un breve comunicado donde destaca el papel pionero que históricamente España ha tenido en la cultura.*

—Disculpe, ¿me puede indicar dónde hay una tienda de ropa masculina? —el ministro se pasa a mano por la cara—. Y una barbería.

El dueño del Bar Extremadura saca un plano turístico de Premià presidido por una enorme gamba con barretina. Frente a él, la sonrisa del Juan de Hoyos no deja de ensancharse.

—Ya sabe, la tele necesita algunas capas extra.

Relato escrito por Cristina Fallarás para Liber – Feria Internacional del Libro 2012.

Descárgalo en la web de Liber: [www.liber.es](http://www.liber.es)

Booktrailer rodado durante el Salón Liber por BookMovies.

Míralo y compártelo en [www.bookmovies.tv](http://www.bookmovies.tv)

Barcelona, Octubre 2012